

www.elboomeran.com

Jonathan Franzen

# LAS CORRECCIONES

Traducción del inglés de  
Ramón Buenaventura



El autor expresa su agradecimiento por la ayuda prestada en este libro a las siguientes personas e instituciones: Susan Golomb, Kathy Chetkovich, Donald Antrim, Leslie Bienen, Valerie Cornell, Mark Costello, Göran Ekström, Gary Esayan, Henry Finder, Irene Franzen, Bob Franzen, Jonathan Galassi, Helen Goldstein, James Golomb, John Simon Guggenheim Foundation, MacDowell Colony, Siobhan Reagan y Rockefeller Foundation Bellagio Center.

Título original: *The Corrections*

Ilustración de la cubierta: Willinger / FPG

Copyright © Jonathan Franzen, 2001

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2012

Copyright de la traducción © Ramón Buenaventura

Traducción cedida por Editorial Seix Barral, S.A.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-414-7

Depósito legal: NA-42-2012

1ª edición, febrero de 2012

*Printed in Spain*

Impreso y encuadernado en:

RODESA - Pol. Ind. San Miguel. Villatuerta (Navarra)

*para David Means y Genève Patterson*



## **ST. JUDE**



La locura de un frente frío que barre la pradera en otoño. Se palpaba: algo terrible iba a ocurrir. El sol bajo, en el cielo: luminaria menor, estrella enfriándose. Ráfagas de desorden, sucesivas. Árboles inquietos, temperaturas en descenso, toda la religión nórdica de las cosas llegando a su fin. No hay aquí niños en los jardines. Largas las sombras en el césped espeso, virando al amarillo. De los robles rojos y los robles palustres y los robles blancos de los pantanos llovían bellotas sobre casas libres de hipoteca. Las ventanas a prueba de temporal se estremecían en los dormitorios vacíos. Y el zumbido y el hipo de un secador de ropa, la discordia nasal de un soplador de hojas, el proceso de maduración de unas manzanas lugareñas en una bolsa de papel, el olor de la gasolina con que Alfred Lambert había limpiado la brocha, tras su sesión matinal de pintura del confidente de mimbre.

Las tres de la tarde era hora de riesgos en estos barrios residenciales y gerontocráticos de St. Jude. Alfred acababa de despertarse en el sillón azul, de buen tamaño, en que llevaba durmiendo desde después de comer. Ya había cumplido con su siesta, y las noticias locales no empezaban hasta las cinco. Dos horas vacías eran un criadero de infecciones. Se incorporó trabajosamente y se detuvo junto a la mesa de ping-pong, tratando de oír a Enid, sin lograrlo.

Resonaba por toda la casa un timbre de alarma que sólo Alfred y Enid eran capaces de oír directamente. Era el timbre de alarma de la ansiedad. Era como una de esas enormes campanas de hie-

rro fundido, con percutor eléctrico, que echan a los colegiales a la calle en los simulacros de incendio. En aquel momento llevaba resonando tantas horas, que los Lambert habían dejado de oír el mensaje de «timbre sonando»: como ocurre con todo sonido lo suficientemente prolongado como para permitir que nos aprendamos los sonidos que lo componen (como ocurre con cualquier palabra cuando nos quedamos mirándola hasta que se descompone en una serie de letras muertas), los Lambert percibían un percutor golpeando rápidamente contra un resonador metálico, es decir: no un tono puro, sino una secuencia granular de percusiones con una aguda superposición de connotaciones. Llevaba tantos días resonando que se integraba en la atmósfera de la casa, sencillamente, salvo a ciertas horas de la mañana, muy temprano, cuando uno de los dos se despertaba sudoroso para darse cuenta de que el timbre llevaba resonando en su cabeza desde siempre, desde hacía tantos meses que el sonido se había visto reemplazado por una especie de metasonido cuyas subidas y bajadas no eran el golpear de las ondas de compresión, sino algo mucho más lento: las crecidas y las menguas de su *conciencia* del sonido. Una conciencia que se hacía especialmente aguda cuando las condiciones climatológicas se ponían de humor ansioso. Entonces, Enid y Alfred —de rodillas ella en el comedor, abriendo cajones; en el sótano él, inspeccionando la desastrosa mesa de ping-pong—, ambos al mismo tiempo, se sentían a punto de explotar de ansiedad.

La ansiedad de los cupones, en un cajón lleno de velas de otoñales colores de diseño. Los cupones estaban sujetos con una goma elástica, y Enid se daba cuenta entonces de que sus fechas de vencimiento (que muchas veces venían marcadas de fábrica, con un círculo rojo alrededor) habían quedado muy atrás en el tiempo, no ya meses, sino incluso años. Los ciento y pico cupones, por un valor total de más de sesenta dólares (ciento veinte, potencialmente, en el supermercado de Chiltsville, que los valoraba doble), se habían desperdiciado. Tixel, sesenta centavos de descuento. Excedrina PM, un dólar de descuento. Las fechas ni siquiera eran *cercanas*. Las fechas eran *históricas*. El timbre de alarma llevaba *años* sonando.

Volvió a guardar los cupones con las velas y cerró el cajón. Estaba buscando una carta que había llegado unos días atrás,



certificada. Alfred oyó que el cartero llamaba a la puerta y gritó «¡Enid, Enid!», tan alto, que no pudo oír el grito con que ella le respondió: «Ya voy yo, Al, ya voy yo.» Alfred siguió gritando su nombre, mientras se acercaba cada vez más, y, dado que el remitente de la carta era la Axon Corporation, 24 East Industrial Serpentine, Schwenksville, Pensilvania, y dado que había aspectos de la situación de la Axon que Enid conocía, pero Alfred no, o eso esperaba ella, se apresuró a esconder la carta en algún lugar situado a unos cinco pasos de la puerta. Alfred emergió del sótano aullando como una máquina de nivelar terrenos «¡Hay alguien a la puerta!», y ella le gritó, elevando aún más el tono de voz, «¡Es el cartero, es el cartero!», mientras él meneaba la cabeza ante lo complicado que era todo.

Enid estaba convencida de que se le aclararía la cabeza sólo con no tener que averiguar, cada cinco minutos, lo que podía estar haciendo Alfred. Pero, por mucho empeño que pusiera, no lograba que él se interesase en la vida. Cada vez que lo animaba a empezar de nuevo con la metalurgia, él se quedaba mirándola como si hubiera perdido la cabeza. Cada vez que le preguntaba si no tenía nada que hacer en el jardín, él contestaba que le dolían las piernas. Cada vez que ella le recordaba que los maridos de sus amigas tenían, todos ellos, un hobby (Dave Schumpert con sus vidrieras, Kirby Root con sus intrincados chalecos para pinzones morados, Chuck Meisner con el seguimiento horario de su cartera de inversiones), Alfred se comportaba como si ella estuviera distrayéndolo de alguna importantísima ocupación. Y ¿qué ocupación era ésa? ¿Darles una mano de pintura a los muebles del porche? Llevaba desde el Día del Trabajo con la pintura del canapé. Enid creía recordar que no había tardado más de dos horas en acabarlo la última vez que pintó los muebles. Ahora acudía a su taller, todas las mañanas, una tras otra, y, transcurrido un mes, cuando ella se arriesgó a pasar por allí para ver cómo iba la cosa, se encontró con que lo único que había pintado del canapé eran las patas.

Daba la impresión de que a él le apetecía que se marchase. Dijo que se le había secado la brocha, que por eso estaba tardando tanto. Dijo que raspar mimbre era como pelar un arándano. Dijo que había grillos. Ella notó entonces la falta de aire, pero quizá

fuera el olor a gasolina y la humedad del taller, que olía a orines (aunque no podían ser orines). Subió las escaleras a toda prisa, a ver si encontraba la carta de la Axon.

Todos los días de la semana, menos el domingo, llegaban kilos de correo por la rendija de la puerta, y ya que no estaba permitido que nada accesorio se apilase en el sótano —porque la ficción de vivir en aquella casa era que nadie vivía en ella—, Enid se enfrentaba a un desafío táctico fundamental. No es que se tomase por una guerrillera, pero eso es lo que era, una guerrillera. Durante el día, transportaba materiales de depósito en depósito, yendo muchas veces sólo un paso por delante del poder establecido. De noche, a la luz de un aplique precioso, pero poco potente, utilizando la mesa del desayuno, demasiado pequeña, cumplía con una diversidad de tareas: pagar facturas, cuadrar las cuentas, descifrar los recibos de copago de Medicare y tratar de comprender un amenazador Tercer Aviso de un laboratorio médico que le requería el pago inmediato de 0,22 dólares pero adjuntaba un balance de 0,00 dólares, con lo cual venía a indicar que no existía tal deuda, pero es que además tampoco daba ninguna dirección a la que pudiera remitirse el pago. Podía ocurrir que el Primer Aviso y el Segundo Aviso estuvieran en algún lugar del sótano; y, por culpa de las limitaciones con que Enid llevaba adelante su campaña, lo cierto era que apenas alcanzaba a figurarse adónde podían haber ido a parar, cualquier tarde, los otros dos avisos. Si le daba por sospechar, por ejemplo, del armario del cuarto de estar, allí estaba el poder vigente, en la persona de Alfred, viendo un noticiario, con el televisor puesto al volumen suficiente para mantenerlo despierto, y con todas las luces del cuarto de estar encendidas, y había una nada despreciable probabilidad de que si ella abría la puerta del armario se deslizase una avalancha de catálogos, de revistas *House Beautiful*, y extractos bancarios de Merrill Lynch, provocando la cólera de Alfred. También existía la posibilidad de que los Avisos no estuvieran en el armario, porque el poder vigente hacía incursiones al azar en sus escondites, amenazando con «tirarlo» todo si Enid no ponía orden en el asunto; pero ella estaba demasiado ocupada burlando las incursiones como para poner orden en nada, y en la sucesión de migraciones y deportaciones forzosas había ido perdiéndose toda apariencia de orden, de modo que en

una bolsa cualquiera de los Almacenes Nordstrom oculta tras los volantes del somier, con una de las asas de plástico semiarrancada, bien podía contenerse todo el patético desbarajuste de una existencia de refugiado: ejemplares no consecutivos de la revista *Good Housekeeping*, fotos en blanco y negro de Enid en los años cuarenta, recetas oscurecidas, escritas en papel de alto contenido ácido, uno de cuyos ingredientes era la lechuga reblandecida, las últimas facturas del teléfono y del gas, un detallado Primer Aviso del laboratorio médico dando instrucciones a los abonados de que hicieran caso omiso de toda factura por debajo de los cincuenta centavos que en adelante pudiera llegarles, una foto de Enid y Alfred, cortesía de los organizadores, en un crucero, cada uno con su collar hawaiano y bebiendo de un coco hueco, y el único ejemplar existente de las partidas de nacimiento de dos de sus hijos, por ejemplo.

El enemigo visible de Enid era Alfred, pero quien hacía de ella una guerrillera era la casa que ocupaba a ambos. El mobiliario era de los que no admiten que nada se acumule. Había sillas y mesas de Ethan Allen. Spode & Waterford en el aparador. Ficus obligatorios, araucarias obligatorias. Un abanico de ejemplares de la revista *Architectural Digest* en una mesita de centro con tablero de cristal. Trofeos turísticos: objetos esmaltados procedentes de China, una caja de música procedente de Viena que Enid, de vez en cuando, se levantaba a poner en marcha, alzando la tapa tras haberle dado cuerda, llevada por el sentido del deber y de la caridad. La música era *Strangers in the Night*.

A Enid, por desgracia, le faltaba el temperamento necesario para mantener semejante casa, mientras que a Alfred le faltaban los recursos neurológicos. Los alaridos de rabia de Alfred cada vez que descubría pruebas de una acción guerrillera —una bolsa de Nordstrom sorprendida a plena luz del día en las escaleras del sótano, en un tris de provocar un serio tropezón— eran los propios de todo gobierno que ya es incapaz de gobernar. Últimamente le había dado por hacer que su máquina calculadora imprimiese grandes columnas con números de ocho cifras, totalmente desprovistos de sentido. Cuando Alfred dedicó toda una tarde, o casi, a calcular cinco veces seguidas los pagos a la seguridad social por la señora de la limpieza, obteniendo cuatro resultados diferentes, y al final se quedó con el número que le había salido repetido (635,78 dólares,

cuando la cifra exacta era 70,00), Enid organizó una incursión nocturna en el archivador de Alfred y lo despojó de todas las carpetas relativas al pago de impuestos, lo cual habría contribuido notablemente al más eficaz funcionamiento de la casa, de no ser porque las carpetas encontraron el modo de meterse en una bolsa de Nordstrom, con unos cuantos *Good Housekeeping* engañosamente antiguos bajo los cuales se ocultaban documentos más relevantes; pérdidas de guerra que trajeron como consecuencia que la señora de la limpieza se ocupase ella misma de rellenar los formularios y que Enid se limitara a firmar los cheques, mientras Alfred meneaba la cabeza ante lo complicado que era todo.

El destino de casi todas las mesas de ping-pong que hay en los sótanos de las casas estriba en ponerse al servicio de otros juegos más desesperados. Tras su jubilación, Alfred se apropió del lado oriental de la mesa para sus cuentas y su correspondencia. En el lado occidental había un televisor portátil en color, que en principio iba a servirle para ver allí sentado, en su sillón azul de buen tamaño, las noticias locales, pero que ahora estaba sepultado por ejemplares de *Good Housekeeping* y las latas de dulcería propias de cada época, más unos candelabros tan barrocos como baratos, que Enid nunca había encontrado tiempo para transportar a la tienda de objetos casi nuevos, Nearly New. La mesa de ping-pong era el único escenario en que la guerra civil se manifestaba abiertamente. En el lado oriental, la máquina calculadora de Alfred permanecía emboscada entre manoplas de cocina con motivos florales y posavasos recuerdo del Epcot Center, y un aparato para deshuesar cerezas que llevaba treinta años en posesión de Enid y que ésta jamás había llegado a utilizar; mientras él, a su vez, en el lado occidental, por ningún motivo que Enid alcanzara a discernir, iba desmenuzando una corona hecha de piñas, de avellanas y nueces del Brasil pintadas con spray.

Al este de la mesa de ping-pong se encontraba el taller donde Alfred tenía instalado su laboratorio metalúrgico. Ahora, el taller estaba habitado por una colonia de grillos mudos, de color polvo, que, cuando se alarmaban por alguna razón, salían disparados en todas direcciones, como canicas cuando se caen al suelo, perdiéndose alguno de ellos en la dirección equivocada, desplomándose, los más, bajo el peso de su copioso protoplasma. Reventaban con

demasiada facilidad, y, luego, para limpiar la mancha, hacía falta más de un Kleenex. Enid y Alfred padecían muchos males que a ellos se les antojaban extraordinarios, descomunales —bochornosos—, y uno de esos males eran los grillos.

El polvo grisáceo del mal de ojo y las telarañas del encantamiento revestían de espesa alfombra el viejo horno de arco eléctrico, y los botes de exótico rodio, de siniestro cadmio, de leal bismuto, y las etiquetas escritas a mano, oscurecidas por los vapores procedentes de una botella de agua regia con tapón de cristal, y el cuaderno de cuadrícula en que la última anotación de Alfred databa de una época, hacía quince años, anterior al inicio de las traiciones. Algo tan cotidiano y familiar como un lápiz seguía ocupando el mismo lugar aleatorio del banco de trabajo donde Alfred lo había colocado en otro decenio; el transcurso de tantísimos años impregnaba el lápiz de una especie de hostilidad. De un clavo, bajo dos certificados de la oficina de patentes de Estados Unidos con los marcos deformados y sueltos por la humedad, colgaban dos mitones de amianto. Sobre el estuche de un microscopio binocular yacían grandes trozos de pintura descascarillada del techo. Los únicos objetos libres de polvo que había en la habitación eran el canapé de mimbre, una lata de Rust-Oleum y varias brochas, así como un par de latas de café Yuban que, a pesar de la creciente evidencia olfativa, Enid había decidido no creer que estuviesen llenas de pis de su marido: ¿por qué razón iba a orinar en una lata de Yuban, teniendo a siete pasos un pequeño servicio donde podía hacerlo?

Al oeste de la mesa de ping-pong estaba el sillón azul de Alfred, grande, con un exceso de relleno, con cierto aspecto gubernamental. Era de cuero, pero olía como el interior de un Lexus: a algo moderno y clínico e impermeable de lo cual resultaba muy fácil borrar el olor de la muerte, con un paño húmedo, antes de que se sentara el siguiente, para morir en él.

El sillón era la única compra de consideración que Alfred había hecho en su vida sin aprobación de Enid. Cuando tuvo que ir a China a hablar con los ingenieros de los ferrocarriles chinos, Enid lo acompañó, y juntos visitaron una fábrica de alfombras, con idea de comprar una para el cuarto de estar. No tenían ninguna costumbre de gastar dinero en sí mismos, de modo que eligieron

una de las alfombras menos caras, con un dibujo azul muy simple, tomado del *Libro de los cambios*, sobre fondo beige. Unos años más tarde, cuando Alfred se jubiló de la Midland Pacific Railroad, le vino la idea de cambiar el viejo sillón de cuero negro, con olor a vaca, en que se sentaba a ver la tele y echar sus cabezaditas. Quería algo verdaderamente cómodo, claro, pero, tras una vida entera dedicada a atender a los demás, lo que necesitaba era algo más que comodidad, necesitaba un monumento a tal necesidad. De modo que allá se fue, solo, a una tienda de muebles, y eligió un sillón de permanencia. Un sillón de ingeniero. Un sillón de tales dimensiones que uno, por grande que fuera, se perdía dentro; un sillón concebido para superar los más duros requerimientos. Y, dado que el azul del sillón hacía juego, más o menos, con el azul de la alfombra china, Enid no tuvo más remedio que tolerar su despliegue en el cuarto de estar.

Y, sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que a Alfred le diera por derramar café descafeinado en las extensiones beige de la alfombra, y a los nietos asilvestrados por tirar cerezas y lápices de cera, para que el primero que llegara los pisase, y Enid empezó a pensar que la alfombra había sido un error. Tenía la impresión de que así, por ahorrar, había cometido muchos errores en la vida. Incluso llegó a la conclusión de que habría sido mejor dejarse de alfombras y no comprar ninguna, antes que ésa. Finalmente, a medida que las cabezaditas de Alfred fueron derivando hacia el encantamiento, acabó de animarse. Su madre le había dejado una pequeña herencia, hacía unos años. Con los intereses añadidos al capital, más unas acciones que se habían comportado muy bien en bolsa, ahora disponía de ingresos propios. Replanteó el cuarto de estar en tonos verdes y amarillos. Encargó telas. Al llegar el empapelador, Alfred, que, por el momento, dormía sus siestas en el comedor, se puso en pie como quien despierta de un mal sueño.

—¿Otra vez estás cambiando la decoración?

—Es mi dinero —dijo Enid—. Y me lo gasto como quiero.

—Sí, ¿y qué me dices de todo el dinero que gané yo? ¿Y de todo lo que yo trabajé?

Este argumento le había funcionado bien en el pasado —era, por así decirlo, el fundamento constitucional que legitimaba su tiranía—, pero esa vez no funcionó.

—Esta alfombra tiene cerca de diez años, y las manchas de café no hay quien las quite —replicó Enid.

Alfred hizo gestos en dirección a su sillón azul, que allí, bajo los plásticos del empapelador, tenía toda la pinta de un objeto de los que se entregan a una central eléctrica en un camión de plataforma. Le entraron temblores de incredulidad, no podía creer que Enid hubiera olvidado aquella aplastante refutación de sus argumentos, los abrumadores impedimentos a sus planes. Era como si toda la no libertad en que él había pasado siete decenios de su existencia estuviera contenida en aquel sillón que ya tenía seis años, pero que, en esencia, seguía nuevo. Esbozó una sonrisa y, con ella, le resplandecía en el rostro la tremenda perfección de su lógica.

—¿Y el sillón, qué? —dijo—. ¿Qué pasa con el sillón?

Enid miró el sillón. Su expresión era de mero padecimiento, y nada más.

—Nunca me ha gustado ese sillón.

Era, con toda probabilidad, lo más terrible que podía haberle dicho a Alfred. El sillón era la única señal que él había dado, en toda su vida, de poseer una visión personal del futuro. Las palabras de Enid le causaron tanta pena, le hicieron sentir tanta lástima por el mueble, tanta solidaridad con él, lo dejaron tan atónito ante la traición, que apartó de un tirón el plástico, se hundió en los brazos del sillón y se quedó dormido.

(Así se queda uno dormido en los sitios encantados, y así nos damos cuenta de que están encantados.)

Cuando quedó claro que la alfombra y el sillón tenían que desaparecer, la alfombra no supuso ningún problema. Enid insertó un anuncio en el periódico local y cayó en sus redes una señora nerviosa como un pájaro, que aún estaba en edad de cometer errores y cuyos billetes de cincuenta salieron del bolso en un fajo desordenado, que ella procedió a despegar y alisar con dedos temblorosos.

¿Y el sillón? El sillón era monumento y símbolo, y no se podía alejar de Alfred. Como no había otro sitio, fue a parar al sótano, y Alfred con él. Y, así, en casa de los Lambert, como en St. Jude, como en todo el país, la vida empezó a vivirse bajo tierra.

• • •

Enid oía a Alfred en el piso de arriba, abriendo y cerrando cajones. Le sobrevinía una especie de agitación cada vez que iban a ver a sus hijos. Ver a sus hijos era lo único que parecía importarle ya.

En las ventanas del comedor, inmaculadamente limpias, había un caos. El viento enloquecido, las sombras negadoras. Enid ya había buscado por todas partes la carta de la Axon Corporation, y seguía sin encontrarla.

Alfred estaba en el dormitorio de matrimonio, preguntándose por qué estarían abiertos los cajones de su cómoda, quién los había abierto, si no sería él mismo quien los había abierto. Sin poder evitarlo, era a Enid a quien le echaba la culpa de su confusión. Por otorgarle existencia con su testimonio. Por existir, en cuanto persona que bien podía haber abierto los cajones.

—¿Qué haces, Al?

Se volvió hacia la puerta por donde ella acababa de aparecer. Empezó una frase —«Estoy...»—, pero así, cuando lo pillaban por sorpresa, cada frase se convertía en una especie de aventura en el bosque: en cuanto perdía de vista la luz del claro por donde acababa de adentrarse, se daba cuenta de que ya no estaban las miguitas que había ido dejando como rastro, que se las habían comido los pájaros, unas cosas silenciosas, muy hábiles, muy rápidas, que apenas distinguía en la oscuridad, pero que eran tan numerosas y estaban tan apiñadas, en su hambre, que era como si ellas fuesen la propia oscuridad, como si la oscuridad no fuera uniforme, no fuera la ausencia de luz, sino algo repleto y corpuscular, y, de hecho, en su estudiosa juventud, cuando encontró la palabra «crepuscular» en el *McKay's Treasury of English Verse*, los corpúsculos de la biología se entretejieron en su comprensión de la palabra, de modo que se pasó el resto de su vida adulta percibiendo corpúsculos en el crepúsculo, algo parecido al grano que dan las películas muy sensibles, indispensables en condiciones de escasa luminosidad ambiental, algo parecido a una lúgubre decadencia; de ahí su pánico de hombre traicionado en lo más profundo del bosque, cuya oscuridad era oscuridad de estorninos que emborronan el ocaso, o de hormigas negras que toman por asalto el cadáver de una zarigüeya, una oscuridad que no se limitaba sólo a existir, sino que consumía activamente los puntos de referencia que él se había ido construyendo, con mucho sentido común, para no perderse;



pero, nada más darse cuenta de que estaba perdido, el tiempo se hacía deliciosamente lento, y a partir de ahí se le desvelaban eternidades insospechadas entre una palabra y la siguiente, o más bien se quedaba atrapado en el espacio entre palabra y palabra, y lo único que podía hacer era quedarse mirando la velocidad a que el tiempo se desplazaba sin él, la juvenil e irreflexiva parte de sí mismo que se proyectaba hacia delante por el bosque, ciegamente, hasta perderse de vista, mientras él, el Alfred hecho y derecho, quedaba atrapado, esperando, en una suspensión extrañamente impersonal, a ver si el muchachito presa del pánico —a pesar de que ya no sabía dónde estaba, o por dónde había penetrado en el bosque de aquella frase— aún conseguía abrirse camino hasta el claro donde lo esperaba Enid, inconsciente del bosque.

—Haciendo la maleta —se oyó decir.

Sonaba lógico. Gerundio, artículo, sustantivo. Delante de él había una maleta, importante confirmación. No había revelado nada.

Pero Enid acababa de hablar otra vez. Según el otorrino, Alfred padecía un leve problema de audición. Se quedó mirando a Enid con el ceño fruncido, sin entenderla.

—¡Es *jueves*! —dijo ella, levantando la voz—. ¡No salimos hasta el *sábado*!

—El *sábado* —repitió él.

Luego, ella le echó una regañina y se retiraron por un momento los pájaros crepusculares. Fuera, sin embargo, el viento había logrado que el sol se desvaneciese, y empezaba a hacer muchísimo frío.

